



NUEVOS PROBLEMAS ETICOS EN MEDICINA

EL DIAGNOSTICO PRENATAL

El ejercicio de la Medicina ha tenido siempre estrechas relaciones con la ética, y el médico se ve a menudo en la obligación de adoptar decisiones en las que ha de sopesar factores deontológicos además de los estrictamente científicos.

Esa dualidad de criterio aparece claramente manifiesta en las aplicaciones de un método de diagnóstico elaborado en los últimos años y que todavía se practica sólo en ciertas clínicas especializadas. El diagnóstico prenatal, que es el método en cuestión, trata de determinar las enfermedades congénitas que padecerá el niño antes de que éste nazca, esto es, en el curso de su vida fetal.

Para ello se efectúa una punción en la embarazada cuando han transcurrido de catorce a dieciséis semanas de la gestación; la punción permite extraer una pequeña cantidad de líquido amniótico (el líquido en el que flota el feto en el curso de su vida intrauterina) atravesando con una aguja idónea la pared abdominal y el útero. En el líquido se estudian las células de origen fetal que en él se encuentran y un cierto número de sustancias químicas (creatinina, bilirrubina, lípidos, etc.).

El estudio de las células fetales permite establecer un mapa cromosómico de gran valor para el diagnóstico del mongolismo (caracterizado por la presencia de un cromosoma supernumerario) en las madres que ya han tenido un hijo mongólico y en las que el nacimiento de un segundo representaría una auténtica tragedia. Se pueden diagnosticar también enfermedades metabólicas tales como la galactosemia, en la que la supresión de la leche en la alimentación del niño desde su nacimiento permite evitar un importante e irrecuperable retraso mental.

El estudio del contenido en lípidos del líquido amniótico sirve también para determinar el estado de madurez de los pulmones del feto. Cuando en éstos falta un elemento (la llamada sustancia antiatelectásica) que se halla normalmente en el recién nacido, se produce la enfermedad de las membranas hialinas, en la que los pulmones tienden a colapsarse, con el consiguiente riesgo de asfixia del recién nacido.

Realizada por manos expertas, la punción amniótica es relativamente inocua; sus principales riesgos son la infección de la bolsa amniótica y la lesión directa del feto, con el posible desencadenamiento de un aborto. Por el momento, dos inconvenientes frenan su expansión: la necesidad de contar con un equipo muy azeado de especialistas (tocólogo, genetista, citólogo, analista) y la frecuencia de las punciones "blancas", es decir, de las punciones en las que no se obtiene el líquido amniótico.

Sin embargo, los auténticos problemas comienzan cuando se ha alcanzado un diagnóstico prenatal preciso. Si, por ejemplo, se diagnostica en el feto la presencia de un mongolismo: ¿qué debe hacer el médico? En ciertos países y en ciertos medios culturales, el problema no tiene más que una respuesta: interrumpir el embarazo. Pero la aplicación del diagnóstico prenatal en los países de deontología católica podría plantear dificultades casi insolubles, si bien en ciertos casos, como en la enfermedad de las membranas hialinas, permitiría preparar en forma anticipada medios de tratamiento adecuados.

En definitiva, el estudio del líquido en el que vive el feto durante nueve meses abre grandes perspectivas, pero, como todo progreso, plantea al propio tiempo problemas que habrá de resolver el médico en colaboración con sociólogos y moralistas.

■ DOCTOR J. A. VALTUEÑA.

Los Contem pora neos

Cada niño que nace viene al mundo con su factura de colegio debajo del brazo. Y con algunas más. La explotación del hombre por el hombre mediante la utilización del niño se acentúa sobre

todo en nuestro país, donde el niño-objeto es un culto. El septiembre negro, profundamente negro, de los padres de escolares, presenta este año unos perfiles misteriosos. Todo lo que se refiere al dinero es un misterio (por eso los economistas son arcanos, sacerdotales y vaporousos), y muy especialmente lo es el dinero del colegio. Ocorre que los padres se arruinan y los colegios también. ¿Cómo se arruinan las dos partes de un mismo comercio? Alguien se enriquecerá con ese dinero, que no es parco. Quizá algunas industrias paralelas.

La educación es un subproducto de la industria colegial, según va apareciendo. Parece ciertamente que los maestros van saliendo de su penuria secular, y de alguna forma van adquiriendo el nivel de vida que merecen. Pero siguen siendo la mínima parte en este gran trasiego de fondos: si ellos fueran los destinatarios reales de los dineros de los padres, mejor andarían las cosas. Pero esos dineros se van hacia los contratistas que hacen las grandes obras de ampliación, hacia la especulación del suelo, la parte de industria hotelera —no controlada: la comida de un niño mediopensionista viene a salir más cara que la de un establecimiento de primera categoría—, los autobuses de transporte y los elementos de ornamentación del niño-objeto. En este último aspecto, algunos colegios han adoptado una táctica que ciertos padres que fueron noctámbulos antes que padres (y Dios les perdone si han seguido siéndolo después) conocen muy bien: la táctica de la tanguista. El descorche. Hacer gastar dinero al cliente para llevarse una mínima comisión. Los uniformes aparecen cuidadosamente detallados en las notas que reciben los padres al principio de curso, en la que no falta la mención del establecimiento donde precisa-

mente se vende el modelito. Amplio. El antiguo delantalillo, el baby, que pedían las monjas de antes, se ha convertido en un conjunto donde todas las piezas que pueden vestir al pequeño e ino-

cente ser (por otra parte, siempre radiante de ver al padre gastarse dinero en él; su inocencia será muy discutible, si ustedes quieren) requieren una forma y un color peculiares. ¡Cuánto daño han hecho al mundo Eton y Harrow! El descorche llega a veces al requerimiento de cubiertos de modelo determinado para los mediopensionistas (de venta en una precisa platería); otros inventan la piscina cubierta y su bañador especial. Generalmente, estos colegios que así proceden suelen ser los que pertenecen al género «fábrica de imbéciles». Otros que no son tal cosa tienen que seguir la misma línea precisamente porque lo requieren sus víctimas: el snobismo paternal requiere los atributos externos que han de marcar su adoración al niño-objeto, y desconfían de los colegios que no están en la concurrencia. Les parecen pobres, y creen que la pobreza externa está relacionada con la interna, con la de la incultura. Como en ciertas materias en la que el valor propio es infimo en comparación con el que se paga por impuestos y publicidad (tabaco, gasolina, alcoholes, colas...), el costo de la educación real —lo que se transmite de maestro a alumno— es bajo en relación a la materia ornamental, de culto y descorche, de que se rodea.

Las «fábricas de imbéciles» parecen las preferidas de nuestros contemporáneos. Producen ciudadanos de una cultura enciclopédica, cuya ignorancia abarca todas las ramas del saber humano. Pero, eso sí, con un «standing» excelente, con un «back bround» colegial (el uso de las palabras inglesas forma parte esencial de nuestros colleses), que luego aparecerán citados en las biografías que publiquen de ellos los periódicos cuando lleguen al triunfo a que están destinados.

«FABRICA DE IMBECILES»

POZUELO